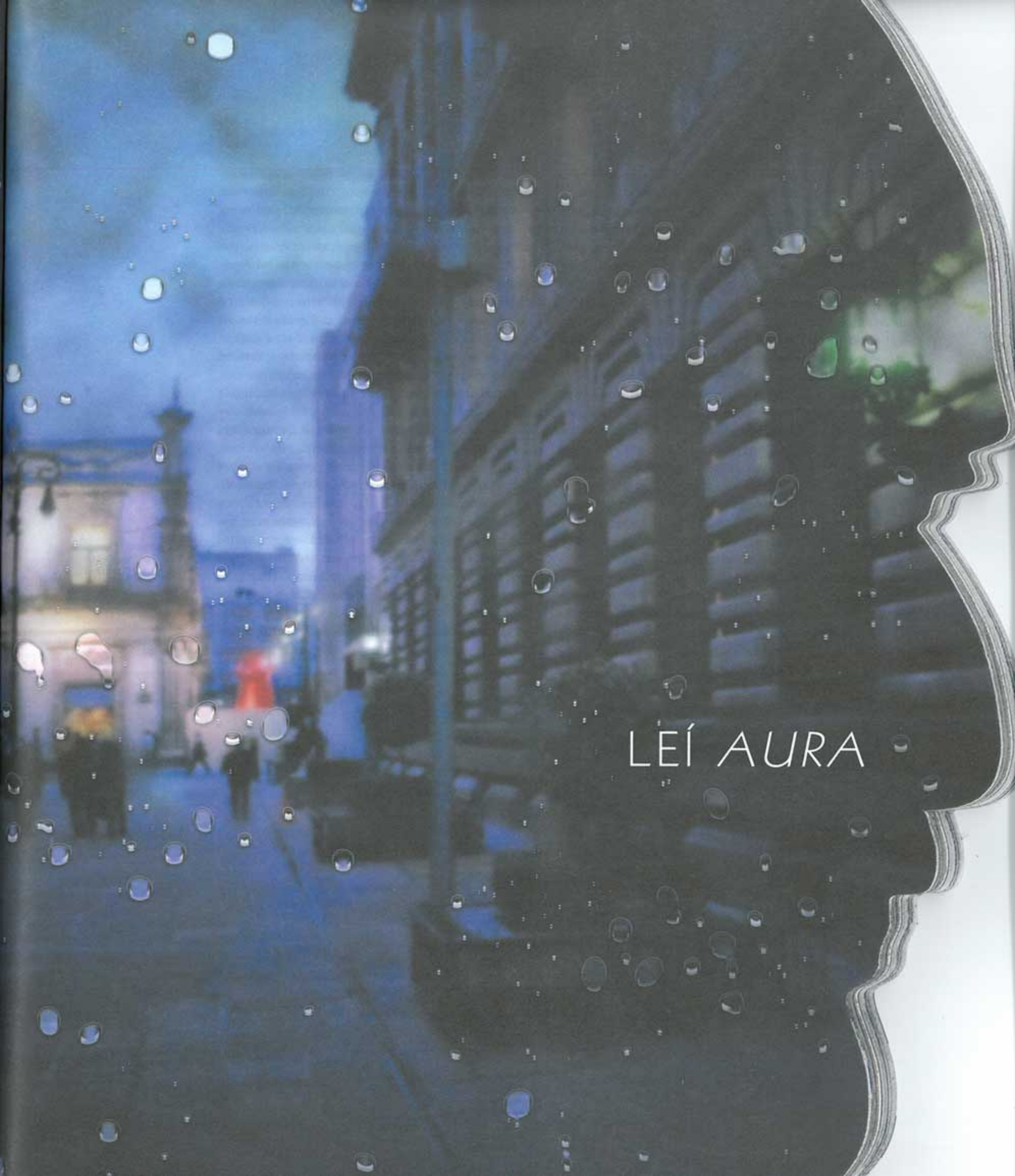




FUENTES
DE JUVENTUD

Miguel Maldonado



LEÍ AURA

a los 16 años

—20 años después conocí a Carlos Fuentes—. Como a todos, la historia me había fascinado, y me acompañó durante largo tiempo, también quizá como a muchos. Me aparecía de pronto en el tránsito del colegio a casa o al parque o a la tienda, con todo su halo de fantasía. Esa casa en Donceles ambientaba mis días, que por muy soleados que fueran, un espíritu sombrío los contenía. Sobra agregar, hoy lo entiendo, que la recurrente aparición de *Aura* repercutía en mi educación sentimental, la literatura de Fuentes me estaba trabajando. Corrieron los años y lo que guardé de la historia, además de la trama, fue el inicio: "Lees ese anuncio: una oferta de esa naturaleza no se hace todos los días. Lees y relees el aviso. Parece dirigido a ti, a nadie más." Lo sorprendente no era citarlo de corrido al menor intento, era que no había nemotecnia de por medio, que nunca me propuse retenerlo. Sí, la siguiente idea se adivina: el comienzo de *Aura* parecía dirigido a mí, a nadie más. A sol y sombra esas líneas venían a mi encuentro, allí estaban, abriera la puerta o el diario, con la misma ubicuidad que el aviso se presentaba a Felipe Montero: la oferta de los 4000 pesos le aparecía hasta en la sopa.

Decía que "la literatura de Fuentes me estaba

trabajando": en particular esa atmósfera, ese inicio. En qué habrá consistido este trabajo: supongo, ahora que la distancia me permite verlo en perspectiva, que abundó en mi gusto por lo fantástico, enriqueció mi inclinación a considerar que la realidad como el arte siempre deben tener un recoveco impenetrable, acaso perverso, acaso luminoso: sólo así sé, y qué bueno, que el arte proviene de un secreto indescifrable y que debe permanecer oculto a fin de no perder su encanto —"La vaguedad del sentimiento", decía Espronceda—. Esto en cuanto al arte y la sensibilidad artística.

En lo que se refiere a mi manera de pensar, las líneas iniciales de *Aura* marcaron un nuevo entendimiento. En adelante, comencé a creer en el destino manifiesto como en la libertad individual, en la magia de las coincidencias como en el libre albedrío, en el magnetismo del misterio como en la fuerza de la realidad. En pocas palabras, dos mundos se bifurcaban ante mí, sin oponerse, sin tener que elegir uno u otro. Así, la prosa de los días convivía con la poética del instante. Creía con igual intensidad en el mérito propio como en el golpe de suerte, y desde *Aura*, lo sigo creyendo.

Suelo contar con vehemencia el influjo que tuvieron sobre mí estas dos líneas iniciales,

Foto página 41:
Protoplasma Kid/
WikimediaCommons.

Fuerte de Loreto,
Puebla, 2012.
Foto: Alejandro
Figuerola Romo.



esperando, como todos los que expresan sus pasiones en público, encontrar un aliado. No ha ocurrido, hacen una mueca de circunstancia y cambian el tema. Me abstuve de creer que mi caso era extraño cuando leí *La historia comienza*, de Amos Oz. Ensayo que describe la fuerza de atracción en los comienzos de ciertas obras. Cualquier parte de un texto puede tener líneas importantes, sin embargo, un buen comienzo siempre será más entrañable que un buen final o un buen desarrollo. Para Amos Oz, en la literatura latinoamericana *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez tiene un gran inicio —quizás no conozca el de *Aura*—. Mi exagerada devoción por el comienzo de *Aura* no ha disminuido, lo que ha disminuido es sentirme un bicho raro. Amos Oz ayudó a atemperar esta sensación.

Carlos Fuentes vino a Puebla a finales de marzo de 2012. Venía a filmar un video sobre la Batalla del 5 de Mayo, me pidieron los organizadores que lo acompañara durante su estancia, no tardé en expresar mi disposición y gusto. Fue así que estuve al lado de Carlos Fuentes durante tres días. Las grabaciones se hicieron en diversos sitios, íbamos y veníamos por la ciudad, siempre deseando que llegaran las horas de comer y cenar para escuchar sus anécdotas, sus pasiones y

* El texto nos ha rebasado por una nariz. N. del interventor.

repulsiones, todo esto aderezado con su magnífica grandilocuencia y el sincronizado diálogo a dos que entablaba con Silvia Lemus, su esposa.

Salimos noche de un museo en el centro histórico de Puebla. Carlos Fuentes había estado grabando allí por varias horas, no encontramos el vehículo que nos llevaría al hotel y sugerí irnos caminando. La idea no era mala: estábamos a cuatro cuadras del hotel, lo malo era que Carlos Fuentes había estado grabando todo el día —habíamos iniciado a las ocho de la mañana en el Fuerte de Loreto— y quizás se encontraba cansado como para rematar el día con una caminata. Me retracté de la sugerencia aludiendo que acaso estaba fatigado. Reaccionó de inmediato: "el cansancio es un asunto mental, caminemos al hotel, faltaba más".

Caminamos bajo la llovizna por el centro de la ciudad. Me contaba que cuando se filmaba había que estar preparado para todo, en la vida había que estar preparado para todo. Entonces pensé en la trama principal de *Aura*: la juventud, esa misma que Fuentes manoteaba a la vera de la calle cuatro oriente. Enseguida en las dos líneas iniciales de *Aura*, esas mismas que mi cabeza repetía aquella y vuelves a ver a Carlos Fuentes, allí frente a tus narices esas palabras parecen estar dirigidas a ti, a nadie más.

Hay que estar preparado para todo.*

43

